

Crisis capitalistas

Xabier Arrizabaló y Jesús de Blas

El desarrollo histórico del capitalismo nunca ha sido regular, sino que siempre ha estado sometido a fluctuaciones cuya principal expresión son las crisis. Este fenómeno se vincula directamente con el descenso tendencial de la tasa de ganancia inherente al propio proceso de acumulación capitalista, como se explica más adelante. Y se relaciona también con otros rasgos característicos de este proceso como son la concentración y centralización del capital, la creciente internacionalización y el desarrollo desigual.

El proceso de acumulación capitalista tiene como objetivo la valorización del capital, es decir, el aumento de valor del capital. Esta valorización tiene lugar al completarse el circuito que va desde el capital adelantado o inversión inicial hasta la obtención de ganancia (parte de la cual es eventualmente capitalizada –o reinvertida– en un nuevo proceso). En términos del análisis marxista a este circuito se le conoce como $D \rightarrow M \dots P \dots M' \rightarrow D'$; donde D =dinero; M =mercancías y P =producción, siendo $D' > D$ y $M' > M$; de ahí surge la plusvalía, PV , definida precisamente como la diferencia entre D' y D ; y a su vez la tasa de ganancia que mide la rentabilidad definida como la relación entre la plusvalía y el capital adelantado, $g' = PV/D$.

Pues bien, una crisis es esencialmente una interrupción –o al menos una ralentización– del proceso de acumulación que, como tal, deriva de las dificultades de rentabilidad que impiden llevar a cabo de manera fluida la valorización del capital que da sentido a la acumulación.

Bajo el modo de producción capitalista las crisis son inherentes al propio sistema. En efecto, en el propio proceso de la acumulación capitalista se produce una contradicción crucial: la sustitución por medios de producción de la fuerza de trabajo (única fuente creadora de valor, es decir, productora de plusvalía), tiende a socavar la base misma de la ganancia. Por consiguiente, es precisamente el propio funcionamiento del capitalismo el que genera una creciente presión a la baja de la tasa de ganancia, su *leit motiv*. Lo que se puede ilustrar de la siguiente manera (siguiendo con la terminología analítica marxista). Sea C =capital constante (medios de producción); V =capital variable (salarios) y PV =plusvalía, quedando definida la tasa de ganancia, g' , como $PV/(C+V)$. Dividiendo todos los componentes de esta expresión por V tenemos $(PV/V)/[(C/V)+(V/V)]$, es decir, $g' = p'/(o'+1)$; donde p' = tasa de plusvalía (o grado de explotación, proporción de trabajo no pagado) y o' = composición orgánica del capital (relación que define precisamente la tendencia creciente a ser sustituida la fuerza de trabajo, V , por medios de producción, C); de modo que se deriva una relación inversa entre o' y g' . Y por tanto, una presión a la baja de la tasa de ganancia debida al aumento de o' por la sustitución de V por C (hipotéticamente esta presión puede contrarrestarse mediante un aumento de la tasa de plusvalía; pero en todo caso esto se dificulta de forma exponencial por el menor peso relativo de la mercancía que crea valor, de la fuerza de trabajo). En ciertos momentos, esta tendencia se materializa en una caída efectiva y, por consiguiente, en una interrupción del proceso de acumulación (o al menos en una ralentización de su ritmo previo).

Pero al mismo tiempo, las crisis llevan a cabo una

función indispensable en relación al proceso de producción capitalista. Al destruir los valores menos rentables (por ejemplo, despidiendo trabajadores), las crisis posibilitan la restauración de un umbral de rentabilidad suficiente para el capital (pues los salarios caen). En la medida en que esto ocurre, las crisis ayudan de forma efectiva a la reanudación del ritmo de acumulación. Es decir, desde esta óptica las crisis desempeñarían una cierta función, aunque no con carácter automático, de saneamiento para el capital (con gran influencia en su proceso de centralización). De manera que las crisis, cuyo origen se encuentra en una insuficiente valorización del capital, pueden desempeñar una labor que ayude al restablecimiento de las condiciones de valorización del capital (pese a que, como se verá, cada vez de forma más limitada).

Ahora bien, la identificación de las crisis con la interrupción, al menos parcial, del proceso de acumulación estructurado en torno al circuito completo $D-M \dots P \dots M'-D'$, admite diversas interpretaciones respecto a su origen.

Una primera interpretación se basa en el análisis de un hecho elemental: en las economías capitalistas la producción de mercancías, M' , no garantiza su venta, el paso de M' a D' (salvo excepcionalmente como en la compra de armamento por el Estado). Esta separación entre el primer acto (desde D hasta M' , producción) y el segundo acto (desde M' hasta D' , venta) abre la vía a las llamadas crisis de realización, de desproporcionalidad y/o de subconsumo, esto es, a las dificultades para realizar la plusvalía haciendo efectiva la venta (logrando el paso de M' a D'). La desproporcionalidad se refiere al desequilibrio entre la producción y el consumo intersectorial. El subconsumo, caso particular de desproporcionalidad, es la insuficiente demanda total de bienes de consumo respecto a su producción total.

Sin embargo, los problemas de realización no son hechos excepcionales o desajustes coyunturales, sino que tienen un carácter permanente. Como no podría ser de otra manera en un tipo de organización social en la que tanto el reparto del trabajo social (la asignación de recursos) como el reparto del resultado del proceso de producción (los bienes y servicios) se llevan a cabo sin planificación ni programación social alguna, sino mediante la simple agregación a través del mercado de múltiples decisiones individuales.

Pero además, el subconsumo es una condición necesaria para la acumulación y, simultáneamente, una fuente de problemas para ella. Esto se explica por el doble carácter del trabajo asalariado como productor de plusvalía y como consumidor (como factor de demanda). En tanto que productor de plusvalía, un salario relativamente bajo es una exigencia del capital en el proceso de acumulación (puesto que debe dejar margen suficiente para una tasa de ganancia atractiva). En tanto que consumidor, una determinada magnitud del salario es necesaria para garantizar la venta de los productos y, por tanto, para completar el circuito capitalista con la fase $M'-D'$, de realización de la plusvalía que abre la vía a la continuación de la acumulación. En definitiva, aunque el subconsumo o la desproporcionalidad provoquen constantes distorsiones, de ello no se desprende que puedan ser identificados como las causas profundas de las crisis.

De hecho, si realmente fuera así, toda crisis sería fácilmente superable puesto que estos desequilibrios de

mercado podrían resolverse mediante un simple reajuste que reestableciera las proporciones intersectoriales. O que restableciera el equilibrio entre la oferta y la demanda de bienes de consumo en las crisis de subconsumo. En este caso una respuesta coherente podría ser por ejemplo una subida generalizada de sueldos y salarios para aumentar la demanda. Sin embargo, resulta evidente que **el capital rechazaría una medida de ese tipo pues afectaría de lleno a su rentabilidad, lo que pone en evidencia que el verdadero trasfondo de la crisis, aunque se manifieste como un desequilibrio de mercado, es antes que nada un problema de rentabilidad, de dificultad para la valorización del capital.**

Otra interpretación sitúa el origen de las crisis en las dificultades de valorización, derivadas de una insuficiente producción de plusvalía para garantizar la suficiente rentabilidad. Es decir, las crisis se explican por la periódica materialización de la baja tendencial de la tasa de ganancia en una caída efectiva, tal y como se ha expuesto anteriormente. O dicho de otro modo, pese a expresarse en la superficie como un mero desajuste de mercado, su causa principal, latente, hay que buscarla en las propias condiciones de valorización del capital, esto es, en la necesidad de producir una cantidad de plusvalía suficiente para que la tasa de ganancia que ésta nutre estimule efectivamente una acumulación acrecentada. Esta interpretación, que no niega la realidad de los problemas de subconsumo o desproporcionalidad sino que los integra, aporta un punto de vista más sólido sobre las causas reales de las crisis.

Por tanto, la verdadera y profunda desproporción que está en el origen de las crisis (entendidas en un sentido estructural y no meramente coyuntural) no se encuentra en el mercado sino en el proceso mismo de producción, en la relación entre plusvalía y salarios (o plusstrabajo y trabajo necesario). Esto es, en la tasa de plusvalía, en la proporción entre el trabajo no pagado y el pagado; de manera que el principal reto para la superación de las crisis es precisamente el aumento de la tasa de plusvalía.

Sin embargo, el carácter de las crisis, y la propia función de saneamiento antes descrita, han experimentado un cambio transcendental en el transcurso de la evolución histórica del capitalismo.

Hasta el comienzo del siglo XX, el modo de producción capitalista conoce una fase de desarrollo en la que puede ser caracterizado como capitalismo ascendente o competitivo. Como tal, hace posible, pese a su esencia explotadora, un gigantesco desarrollo de las fuerzas productivas, entendiéndose por ello no sólo el espectacular desarrollo de la producción fabril, sino también del proletariado como clase y de las grandes aglomeraciones urbanas, que dan lugar a un enorme desarrollo de la construcción, los transportes y las comunicaciones. Las relaciones económicas internacionales van adquiriendo una importancia creciente fruto de la propia extensión del capitalismo, pero aún predomina en ellas la exportación de mercancías. Esto explica que no se pueda caracterizar todavía una economía mundial configurada como tal, lo que por otra parte se constata en la existencia de territorios cuya vinculación con la lógica capitalista es prácticamente inexistente.

Sin embargo, durante los últimos cien años, el capitalismo, que conoce una fase de desarrollo que se podría caracterizar como imperialista o monopolística, experimenta cambios muy importantes. Las relaciones económicas

internacionales, dominadas por el surgimiento del capital financiero -fruto de la fusión del capital industrial y el capital bancario-, se concentran de forma creciente en la exportación de capitales. Esto constituye un factor de primer orden para la consolidación de una sola economía mundial regida por la acción de la ley del valor a escala planetaria, cuya materialización más inequívoca es la pugna por el reparto del mundo entre las grandes potencias y entre los que se van configurando como grandes capitales oligopólicos trasnacionales (debe precisarse que la lucha interimperialista por la hegemonía no quedó completamente resuelta tras la Primera Guerra Mundial, lo que precisamente está en el origen de la Segunda Guerra Mundial que sí la zanjará de forma inequívoca a favor de Estados Unidos).

Vinculado a todo lo anterior hay una última característica, crucial, de esta etapa: la agudización de las dificultades de valorización que se expresan en el estallido de virulentas crisis (piénsese en las de los años treinta o setenta, mal llamadas “del 29” y “del 73” porque van mucho más allá de los detonantes acaecidos en esos precisos momentos), para las que, como se va a explicar a continuación, el ‘otrora’ mecanismo saneador de la crisis se muestra incapaz como tal de restablecer las condiciones de valorización. La consecuencia de esta incapacidad se concreta en la necesidad de masivos procesos de destrucción de fuerzas productivas como requisito para la reanudación de la acumulación.

En relación con la crisis de los treinta, la recuperación sólo acabará siendo posible tras la brutal destrucción económica y social de la Segunda Guerra Mundial y el posterior marco internacional consensuado en los acuerdos de Yalta y Potsdam entre EEUU, Gran Bretaña y la URSS. Respecto a la de los setenta, ni siquiera la posterior imposición permanente del brutal ajuste fondomonetarista (con su corolario en términos de intensa desvalorización de la fuerza de trabajo y de liquidación de conquistas sociales) ha permitido una recuperación generalizada y sostenida que justifique hablar de una nueva etapa de crecimiento a la manera de los años cincuenta y sesenta (y en todo caso, los acotados episodios de crecimiento habidos se vinculan directamente a una regresión social de carácter histórico como ejemplifica de forma paradigmática la economía estadounidense durante los años noventa). Piénsese, en fin, en el papel que desempeña la economía del armamento a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XX. Y, especialmente en el periodo más reciente, la economía de la droga y la criminalidad financiero-especulativa.

Las condiciones fundamentales que caracterizan al capitalismo desde entonces se siguen manteniendo y tienen consecuencias graves desde el punto de vista de las crisis. Además de las dificultades crecientes para contrarrestar la tendencia declinante de la tasa de ganancia, el lugar predominante que adquiere el capital financiero implica una paradoja. Si bien resulta crucial su función estimuladora del crecimiento y del proceso de concentración y centralización del capital, así como su papel en la configuración de la economía mundial como tal, su orientación fuertemente especuladora, parasitaria, le hace provocar continuos estallidos de crisis muy graves en plazos de tiempo cada vez más cortos. Que, a todas luces, se muestran incapaces para llevar efectivamente a cabo la tradicional función de saneamiento necesaria para la reanudación de la acumulación.

Éste fue el caso de la crisis de los años treinta, cuya resolución final requirió también la intervención

masiva de los Estados hasta la propia guerra, dando lugar así al auge del keynesianismo como principal referente teórico inspirador de las políticas económicas (aunque la intervención estatal de las décadas posteriores fuera mucho más allá de los planteamientos acotados, básicamente anticíclicos, de Keynes). Sin embargo, el fracaso de esta orientación “keynesiana” para hacer frente a los crecientes problemas de valorización inherentes al desarrollo capitalista, se pone de manifiesto, de forma muy virulenta, a principios de los años setenta con el estallido de la crisis. El regreso al predominio de las políticas de inspiración liberal desde los años ochenta no puede tener resultados frente a los problemas de valorización mencionados, sino de forma muy limitada y coyuntural.

A modo de conclusión puede señalarse por tanto que las crisis capitalistas no son accidentes de carácter coyuntural, ni exógeno, ni aleatorio. Ni siquiera puede atribuirse exclusiva o principalmente su origen a determinada formas de gestionar la política económica, pese a que éstas puedan atenuarlas o agravarlas. Por el contrario, las crisis son inherentes al funcionamiento del modo de producción capitalista. Y en el marco de la economía capitalista mundial actual, es decir, en el marco del imperialismo, su profundidad plantea ineludiblemente la discusión sobre el carácter histórico limitado de este modo de producción, desenmascarando con ello la falacia del “fin de la historia”.

Xabier Arrizabalo es profesor titular de Estructura económica de la UCM y **Jesús de Blas** es doctor en Economía por la UCM.